

Poemas

Juan Antonio Masoliver Ródenas

Cuando estaba en mi casa
estaba prisionero en mi casa,
sollozando, inventando
paisajes. Ahora estoy prisionero
en los paisajes que he inventado,
contemplando la casa
cerrada para siempre.

Hay un camino de yerba
seca: muerta. Y en el camino
una casa abandonada.
Ventanas vacías. Ladrillos
quemados por los yerbajos.
Vuela un pájaro. De niño
un pájaro en el cielo
se quedó en mi retina
para siempre. Recuerdo
la humedad de la luz
en el jardín. Las arañas
dormidas en el camino
como la muerte.

Claro que se bailaba cuando había baile.
La mejilla rozando la mejilla

en la pista de las moreras. Redondel
donde girábamos con los ojos cerrados.
Te rozaba, ¿recuerdas? las mejillas
y los muslos tan suaves. ¡Cómo dolía
bailar y amar y desear bajo la música
en el redondel de las moreras!
Después de tanto baile, ¿adónde ibas?
Se apagaban las luces, se cerraban
las verjas de la música, te ibas
a soñar. Y yo soñaba. Y éramos
tan felices.

Y ahora que estoy solo
y ya no puedo amar, escucho
aquellas tardes
como una luz que el viento
apaga. Sí: en las avenidas
del cielo del sol la brisa
suave apaga las luces
de aquel baile y somos
una sombra, una charca
de ceniza.

La ceniza de amor,
la que más quema.

Los días de la felicidad fueron
efímeros. Se quemaron los globos
en el cielo, la neblina
borraba los balandros. Hilos
de aquel tapiz que fue la vida,
bruma, lodo, pesadillas
que al dormir se desvanecen
en un falso olvido.
Pues lo que recordamos
son los globos quemados,
los días de Masnou y Barcelona,
de Perugia, de Garda y Sandymount,

de Londres y de nuevo
Barcelona: los días
en el pozo del amor.

* * *

No es el mal de vivir.
Es lo que la muerte insinúa
de la vida, su suciedad,
su impiedad, su fulgor
de rescoldo, la lluvia
de ceniza. Vivimos,
recordamos y morimos.
Desierto de los recuerdos,
cruces sin sombras, nombres
que el tiempo borra.
No es el mal de morir.
Morir es un vacío,
un día sin palabras. La bóveda
del cielo como un pozo,
los ojos en el pozo, los gritos
que chirrían en la casa
abandonada al moho
y al hedor de los escarabajos,
el hedor en la boca que besamos,
el lodo de los pechos.
No es el mal de vivir
ni el de morir: es el amor
la daga, el vientre
abandonado a su desconsuelo,
las heces del corazón.

* * *

El corazón tiene cámaras,
pabellones, jardines
y habitaciones sucias

donde habitan el recuerdo
y la necesidad. El amor
no es un instante. Es
la vibración de instantes.
Y ahora hablamos
de algo que no es ahora.
Que fue y no será nunca.
Las ancianas de la verja
que se orinan en las zapatillas
amaron, fueron musas,
modelos. Sus nalgas
nos cegaban. Y las niñas
lloran en el pozo.
En los días de céfiro
el aroma nos llega
como la carroña
de los barcos que iluminan
el mar y desaparecen
en un rastro de excremento.
Y las gaviotas inician
su recorrido de hambre
como el día del parque
en el que con mis besos
inicié el recorrido
a los escombros del amor.

Los días del amor han existido
para todos nosotros. No.
Los días de los amores. Tapices
sí de esta melancolía
(o agonía) que llamamos vida.
Los charquitos de semen
no sirven para nada.
Se agrietan. Son sucias
manchas. Y eran besos
de amor y de deseo. Eran
días espléndidos y frágiles.

Ganamos lo que perdemos.
¿O es al revés? Te beso
en el vacío. Araño
el inmenso vacío de la vida,
este error que no puedo
borrar, por tanto miedo
de vivir, de morir,
de abandonar
y ser abandonado.
Las palabras nunca son
mentirosas. Al revés:
nos denuncian.
Y tampoco el recuerdo
es mentiroso: el día
de verano del primer beso
en la casa de mi esposa,
¿lo recuerdas? Nos despedimos.
Nos encontramos. Nos herimos.
Y tan torpemente nos amamos.
Nos lesionamos.

* * *

Las palabras se han gastado para siempre.
El cielo que habitamos ya no existe.
Las casas se han poblado de vacío.
Y yo soy los harapos de los días
felices que recuerdo como un dolor
que duele sin heridas. Fuimos
sombras que el viento ha ido borrando.
Somos charcas abandonadas en el tiempo.
Todos los espejismos se han quebrado.
Sólo queda el instante de las cruces.

1

La sombra de los pájaros en la bóveda
del cielo. Sombras
del corazón. Espacio para llorar
el vacío en el que vivo. Y las sombras
de la cruz de mi muerte. La de ahora.
La de los días más felices. Y la de los días
sin memoria posible.

2

Escucha las palabras
que ahora callo. Busca
en los arenales
el rubí que me ciega.
Habla palabras.
Gime lo que sabes.
Dulcemente, como hilos
de viento en las palmeras,
recuerdo lo que éramos.
Sombras que me iluminan.
Almas que como aves
me susurran.
Amar no es solamente
esta herida. Es,
en el valle de la retina,
un espejo con barcas
y ceniza marítima
y bosques embrujados.
Con el alba
se apagan los destellos.

En el verano inhóspito
la casa de las brumas
me llega como un bálsamo.
En el mármol del mar
está todo tan cerca.
En sus luces habitan los recuerdos.
El día en la retina
me consuela. Oigo
voces y risas
que no me pertenecen.
Los ojos lloran.
Pero estoy plenamente. Soy.
Vivo la bruma
como un resplandor y una caricia.

1996